

MARÍA ANTONIETA OSORNIO RAMÍREZ

**Salto de
amor por la
vida**

México, 2006

Salto de Amor por la vida
María Antonieta Osornio Ramírez

© Derechos reservados, primera edición, México, 2001,
segunda reimpresión, 2006, por

María Antonieta Osornio Ramírez

Impreso en México

ISBN 968-6851-30-5

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra
por cualesquiera de los medios —incluidos los electrónicos—
sin permiso escrito por parte de los titulares de los derechos.

Índice

	Página
Introducción	9
1. Despertar	15
2. Alas de libertad	19
3. Sombras de la muerte	25
4. La caída	29
5. Un corazón agonizante	38
6. Almas inocentes	43
7. Ángeles milagrosos	48
8. Volar sin alas	56

Introducción

Mi vida podría parecer excepcional, pero no lo es. Existen cientos, miles de historias tan dramáticas como la mía o aún más, pues en muchos lugares, confinados a un cuarto, escondidos tras cuatro paredes, botados en una cama, un sillón o a veces en el suelo, hay muchos discapacitados. La única diferencia es que ellos permanecen en el anonimato y mi historia se abrió a nuestra sociedad como un testimonio de lo que representa la vida de uno de ellos.

Hace dieciséis años, cuando sucedió mi accidente, mi vida dio un giro inevitable. Si alguien me hubiera predicho todo lo que iba a vivir, hubiera afirmado categóricamente que no era capaz de hacerlo. Si me hubieran predicho, asimismo, que en esa nueva forma de vida encontraría un profundo sentido, nada me hubiera parecido más falso.

Cuando participé en el concurso de Autobiografías de Mujeres Mexicanas convocado por Documentación y Estudios de Mujeres, A. C., mi principal objetivo era ganar el premio y ayudarme económicamente. Pero el premio que recibí rebasó mis expectativas: mi vida y mi lucha empezaron a difundirse por círculos muy diversos, despertando interés por conocer más a fondo cómo era posible ser una mujer severamente discapacitada y sin embargo feliz. Mi testimonio, sin esperarlo así, empezó a convertirse en un vehículo de inspiración. Muchas personas, especialmente discapacitadas, me buscaron y pidieron entrevistas. Querían que las ayudara a alcanzar algo que a ellas les parecía imposible: la recuperación de su fe, y su reincorporación en la sociedad como personas productivas y capaces. Finalmente eso es lo que mi historia atestiguaba.

Apoyada por mis dos maestras, Marcela Musi y Martha Babb, empecé a recibir a compañeros y a hablar con ellos. Me sentía incapaz de ayudar, pues en ese entonces no contaba con una formación profesional: era simplemente un ser humano que había luchado por su vida con ardor y tenía la gracia de ser apoyada y acompañada por seres de gran corazón. Sin embargo, mis maestras decían que aunque no tuviera una formación profesional, contaba con lo más importante, la experiencia. Como un primer paso esto era cierto, pero mi proceso personal, siempre cerca de mis maestras, me llevó a capacitarme como psicoterapeuta.

Sin proponérmelo me fue envolviendo la fuerza de un propósito que iba más allá de mis fuerzas limitadas. Una mañana sentada en la silla de ruedas, disfrutaba de mi jardín y de la tibieza del sol. De pronto volteé a ver mi silla: me di cuenta que nunca la había visto reconociendo y aceptando plenamente que esa era mi realidad. De mi corazón surgió la claridad, la certeza y la fuerza de que yo debía dedicarme al servicio de otros que como yo, habían perdido gran parte de su capacidad de movimiento físico pero cuyas almas latían con vehemencia.

Con frecuencia la información tan limitada que hay sobre los discapacitados no permite comprender y tener conciencia de lo que significa vivir sin piernas, sin brazos, sin movimiento. Se ignora que el discapacitado es un ser humano marginado por la sociedad y muchas veces, también, dolorosamente por su familia. Se ignora que la incapacidad nos hunde en depresiones profundas, en una devaloración muy difícil de superar que nos lleva a sentirnos un estorbo. Muchas veces no podemos salir durante años de un cuarto porque no hay quien, literalmente, nos cargue, y cuando sí hay quien lo haga, la vergüenza de vernos deformes, feos, diferentes nos impulsa a escondernos. Es difícil que la sociedad nos entienda, la persona común no se da cuenta que los discapacitados tenemos necesidades especiales, y cuando las percibe, se incomoda pues hay que moverse para dejar pasar la silla de ruedas, por ejemplo o hay que ayudarlo de alguna forma. Constantemente los discapacitados tenemos que pedir ayuda, "poner buena cara" al solicitarla, pues con frecuencia no somos autosuficientes. Puesto en unas cuantas palabras, los discapacitados vivimos enfrentando un ambiente hostil provocado por nuestra situación y por el entorno.

Como una gota de agua que se convierte en corriente, gracias a la publicación de mi autobiografía, en unos cuantos meses, ocupaba buena parte del día hablando por teléfono con otros iguales a mí, y descubriendo con ellos la posibilidad de un cambio en sus vidas. Otros llegaban personalmente a mi casa y también los atendía.

Fue haciéndose evidente que se requería de algo más estructurado que las llamadas por teléfono o los encuentros esporádicos. Había que darle forma a esto que venía pasando. Había que fundar algún tipo de organización que fuera el recipiente de esta necesidad tan apremiante.

Martha Babb y yo, bajo el lema del proyecto que iniciamos Un camino de luz, nos pusimos a trabajar y si nosotros poníamos un ladrillo, Dios ponía cien. En un año constituimos la Fundación Humanista de Ayuda a Discapacitados, I. A. P., y abrimos la primera casa en Santa Cruz del Monte, Estado de México, con lo que FHADI, no es ya una hermosa metáfora, sino efectivamente ha llevado luz a muchísimas personas que se han acercado con la voluntad de cambiar sus vidas.*

FHADI le proporciona a aquellos discapacitados que están dispuestos a comprometerse con un proceso de desarrollo y de crecimiento, un programa que los capacita tanto emocional, como espiritual y laboralmente. El principio de nuestro trabajo es que somos mucho más que un cuerpo. Somos en realidad, seres dotados de una gran capacidad de amar y, al conocer esta realidad de nuestro ser, podemos ir más allá de nuestro apego al cuerpo, mirarnos desde otra dimensión —aquella donde podemos tocar nuestra fe para desarrollar nuestras potencialidades— e incorporarnos nuevamente a la sociedad para trabajar productivamente, volvernos personas más independientes y lograr una mejor calidad de vida.

El ambiente de FHADI es de respeto, apoyo y amor en donde cada ser humano que llega a nosotros tiene las puertas abiertas para crecer y transformar su vida... y aquéllos que se entregan lo logran. Cada persona, al empezar a resolver su vida en forma creativa y humana, se vuelve un testimonio conmovedor, y los años de sufrimiento y cautiverio se quedan atrás.

* Fundación Humanista de Ayuda a Discapacitados, I.A.P. Tels.: 5 272 49 72 y 5 272 64 79. Atención Cautiva, A.C. Tels.: 5 148 89 40 al 63.

Se dice tan fácilmente pero nuestro trabajo es formar a mano nuevos corazones, nuevas conciencias, nuevas vidas. Es un trabajo de corazón a corazón del cual todos los que participamos, recibimos una satisfacción de dimensión inmensurable.

FHADI apoya al discapacitado primero con un servicio terapéutico individual y grupal. Desarrolla en ellos una conciencia de servicio y calidad a nivel humano y laboral para después integrarlo a un equipo de trabajo donde pueda empezar a tener ingresos propios. Poco a poco aquellas personas que llegan solicitando ayuda eventualmente se convierten en parte de nuestro grupo de apoyo y se vuelven parte activa de la base para servir a más y más personas.

Quizás de todo nuestro trabajo, el más difícil es sostener económicamente este proyecto, pues nos valemos de los donativos que recibimos de aquéllos que son sensibles a la dimensión monumental de lo que significa transformar la vida de un ser humano.

En los cuatro años que tenemos de estar trabajando en las buenas, en las malas, en las fáciles y en las difíciles, a favor del viento o en contra de la corriente, hay algo que siempre está presente en nuestros corazones: el amor que sostiene nuestro trabajo y que se alimenta de lo que vemos suceder diariamente en cada uno de nuestros compañeros discapacitados.

Nunca en mis días de paracaidista, imaginé que volaría tan alto, que tocaría tantas veces el cielo desde una silla de ruedas. Ni el mejor de mis saltos se compara con el salto de mi propia vida que ahora comparto con muchas personas que después de vivir en las tinieblas de su discapacidad, recorren un nuevo camino de luz, el camino que FHADI les ayuda a recorrer.

DEMAC, el principio de mi servicio al ser humano.

Al principio mi lucha por trascender mi discapacidad, era un esfuerzo completamente centrado en mí misma. Pasé muchos años en un proceso de supervivencia tanto física como emocional, espiritual y económica donde no había espacio para mirar más allá de mi círculo más cercano.

Mi primer encuentro con DEMAC fue aparentemente casual. Poco a poco me he dado cuenta de que las casualidades no existen, sino que vivimos causalidades que dirigen nuestra vida hacia ese espacio donde, si nos disponemos y nos atrevemos a vivir aquello que nuestro corazón nos dicta, nos hace sentir realizados.

Al pasar el tiempo, y después de haber participado en el concurso Autobiografías de Mujeres Mexicanas que organiza DEMAC, empecé a tomar conciencia de la dimensión del trabajo que realiza apoyando incondicionalmente a la mujer. En mi caso particular, DEMAC, al publicar mi historia, abrió las puertas a un proyecto que ha dado sentido no sólo a mi vida, sino a la de muchísimos seres humanos. El mío es uno de los muchos casos donde esta institución ha sido un apoyo incondicional para enriquecer proyectos de muy diversa índole, siempre enfocada en la mujer y su particular universo.

Amparo Espinosa Rugarcía, directora de DEMAC, es una mujer sencilla y sumamente profesional, sensible a la voz humana. Cada vez que he tenido la oportunidad de reunirme con ella, he encontrado un cálido interés en mi persona y en los proyectos que nos han llevado a trabajar juntas.

La publicación de este libro es un esfuerzo apoyado enteramente por DEMAC, que habrá de beneficiar a FHADI y por lo tanto a muchos discapacitados, personas que necesitan de la luz de otros corazones para egresar al ámbito de una vida digna y esperanzada.

1 | Despertar

Tengo dos actas de nacimiento que atestiguan dos fechas diferentes. Una dice que nací el 10 de julio de 1954 y la otra que el 14 de julio del mismo año. Muchas veces le pregunté a mi madre a qué se debía, y como siempre me respondió que no se acordaba. He llegado a la conclusión de que es el signo correcto porque efectivamente, habría de nacer dos veces. Quizás lo común que tienen ambos nacimientos es el volcán que siempre he llevado dentro, el que desde chica me impulsó a ser rebelde, intrépida, temeraria y que en el proceso de mi renacimiento me impulsó a tener la fortaleza, coraje, determinación y voluntad de volver a vivir; de darme, a través del esfuerzo de cada instante, la transformación hacia un mejor ser humano.

Soy de San Juan del Río, Querétaro. Pasé mis primeros años ahí y en un rancho cercano que mi padre llamó "Chinches Bravas". Parecería que con tres hermanos varones, y yo siendo la menor y la única mujer, debería haber crecido entre mimos y consentimientos, cuidada por mis hermanos y consentida por mi padre. Pero la realidad fue que mis hermanos muy pronto se fueron a estudiar fuera de San Juan y mis padres ocupaban gran parte de su atención en mi hermano Jorge, que desde muy pequeño enfermó de poliomielitis. Por las innumerables operaciones, mis padres concentraban sus cuidados en él y yo pasaba gran parte del tiempo sola. Ciertamente fui la consentida de papá, aunque me faltó tiempo en mi niñez para gozar de su compañía y afecto, mientras que de mi madre me sobró la exigencia y la mano dura.

Mi madre decía que la calle era para los hombres y que la mujer debería permanecer en casa aprendiendo las labores propias de su sexo

y, me gustara o no, traté de amoldarme a su manera de pensar que en nada se parecía a la mía. Así pasaban los días, que a fuerza de parecer distintos eran iguales unos a otros. Así transcurrían los meses, rodeada de las montañas frescas enmarcadas por cielos intensamente azules; por las mismas caras en la escuela; por los mismos juegos, según fuera la época del año. Así pasaron los años, aprendiendo bordados y tejidos, brincando la cuerda, escuchando las Historias Sagradas que la monja titular nos narraba. Así pasó mi infancia sin que viera encauzado el ímpetu que sentía de ser como mis hermanos varones, de tener su libertad de ir y venir.

Al terminar la primaria, Gilberto mi hermano convenció a mis padres de que yo estudiara en una secundaria oficial mixta. De manera que junto con mi adolescencia comenzó la pasión por los deportes: el volibol, el basquetbol, el atletismo. Pero si mi habilidad natural era grande, mayor era la tajante negativa de mi madre a que participara en las competencias a las que me invitaban. Y poco a poco los encierros, los golpes, la soledad y la represión fueron despertando en mí la decisión en alguna forma de escapar de la casa.

Conocí a Serafín cuando tenía nueve años. Era amigo de mi hermano José Luis y por tanto diez años mayor que yo. Serafín era delgado, muy fuerte y excesivamente serio. Aunque me caía mal, me gustaban sus ojos... y poco a poco me fue gustando todo él. Un día le dijo a mi madre que se casaría conmigo.

—Ay, hijo, —le contestó— pero si es una niña.

—No importa, señora, yo voy a esperar a que crezca y entonces me casaré con ella.

Y dicho y hecho. Cuando cumplí quince años Serafín y yo nos hicimos novios, no tanto por mi voluntad o por estar enamorada sino, por consejos de mi madre y por el deseo inconsciente de salirme de la casa.

—Para el matrimonio, María Antonieta, es mejor que el hombre esté enamorado; decía mi madre. —A la mujer, el enamoramiento le llega después, con el tiempo. Ya verás, hija. Este muchacho te quiere mucho, por eso te conviene.

Y como los ingredientes de un platillo que se va preparando, se combinaron el enamoramiento de Serafín, la influencia de mi madre y el ímpetu de salir a toda costa de ese ambiente asfixiante. Cuando me di cuenta, estaba puesta la mesa para el matrimonio y como en un sueño extraño, antes de cumplir los dieciséis años me encontré en la iglesia de San Juan del Río, rodeada de mis papás y mis amigas, todas de tobilleras. Camino a la iglesia no faltó quien me detuviera para felicitar me por mi Primera Comunión, a lo cual con coraje, respondí que me iba a casar, no a recibir la comunión.

Tal como lo había esperado, el matrimonio se convirtió en sinónimo de libertad. Por primera vez vi la posibilidad de hacer cuanto quisiera, de ir y venir sin que nadie me limitara, de jugar a mis anchas, de gobernar mi vida a mi gusto. Junto al rigor de mi madre, las responsabilidades de casada me parecían poca cosa, e irme a México a una casita que Serafín había comprado, me pareció una aventura emocionante, ante la cual la palabra miedo no cabía.

Serafín era un hombre trabajador y responsable. Amaba el deporte y desde joven se había dedicado a él con ahínco. Tenía una habilidad manual especial y también la paciencia para armar y pintar modelos a escala. Al ingresar al ejército se interesó por el paracaidismo y fue uno de los pioneros en México. Tenía habilidad innata para el salto y a base de disciplina y dedicación, llegó a ser uno de los mejores instructores de paracaidismo. Cuidaba a su gente con esmero y su calidad resaltaba en el entrenamiento de sus hombres. Quizá la mayor virtud que le veía, además de la seriedad con que realizaba su trabajo, era cómo me amaba y se dedicaba a mí, con cuánto cuidado y cariño me integraba a su mundo y a sus actividades. Cuando me di cuenta, descubrí que yo también estaba profundamente enamorada y lo seguía a todas partes, inclusive a los entrenamientos de paracaidismo que religiosamente realizaba los fines de semana en Tequesquitengo.

De todos los cambios que mi vida tuvo en ese corto lapso, el mayor sucedió al año de casada al nacer mi hija Mariela. Repentinamente pasé de la bicicleta, que monté hasta los ocho meses de embarazo, a una sala de hospital, donde viví el impacto complicado y doloroso del parto.

Mariela trajo a mi vida una experiencia rica, llena de amor y de júbilo y, paralelamente, las dificultades de llevar a una bebé a Tequesquitengo. Por primera vez quería era estar en mi casa, ya no moverme, ya no andar de aquí para allá. Estar tranquila y estable. Pero como dice el dicho: "Genio y figura hasta la sepultura".

A

Serafín le gustaban las carreras, le apasionaba la velocidad y participaba en competencias de motos y de coches. Un buen día ya estaba montada, a veces en la moto, o en el coche. Apostaba con él y no era raro que yo lo venciera, alimentando de esta manera mi temeridad que parecía no conocer límites. Ni siquiera el ser madre y tener la responsabilidad de una bebé lo era. Había una limitante: la temeridad de Serafín, esa de volar, para mí era una locura. Y así se lo decía constantemente.

—Andar volando es una locura. El paracaidismo es un deporte para dementes. No entiendo a qué horas te agarró esa obsesión. Ni creas ni esperes que me ponga alguna vez un paracaídas. Te acompaño a las motos y a los coches, pero ¿tirarme de un avión como una loca? ahí sí que no cuentes conmigo.

Como lo acompañaba a las prácticas, conocía la teoría de la técnica a la perfección y sin haber saltado nunca llegué a dar yo misma instrucción. Sin embargo, fue inevitable el día en que probara la emoción singular y excitante del paracaidismo.

En ese tiempo, por iniciativa del secretario de la Defensa, general Juan Arévalo Gardoqui, se empezó a formar un equipo de cincuenta mujeres paracaidistas. Según Serafín, por celos me metí al equipo. Tenía razón había que tener cuidado con tantas mujeres a su alrededor. Ingresé a un intenso y exigente entrenamiento de seis meses. Teníamos que llegar a correr veinte kilómetros en un tiempo determinado, saltar desde una torre muy alta, hacer ejercicios especiales de tobillos y pantorrillas, conocer el equipo a la perfección, aprender a doblar el paracaídas, prepararnos psicológicamente para el salto, aprender a caer de acuerdo al

terreno. La dificultad del entrenamiento militar, tenía como objetivo prepararnos para evitar accidentes; entre los paracaidistas *amateurs* eran comunes los accidentes y las lesiones.

Finalmente terminamos el entrenamiento... Aunque yo no quería saltar. Seguía firme en la convicción de que era un deporte de locos.

Una mañana, mientras admiraba los saltos de un concurso en Tequesquitengo, se me acercó Serafín.

—No quieres saltar porque tienes miedo, reconócelo— me dijo.

Me dio tanto coraje que de inmediato le respondí.

—Anótame en el vuelo que sigue.

—¿De veras vas a saltar?

—Claro que sí, pero sólo esta vez para demostrarte que no tengo miedo —le respondí mientras me iba poniendo el equipo.

Serafín se quedó atónito.

—Tony va a saltar... Tony va a saltar... —se corrió la voz entre todos nuestros amigos.

De inmediato, Serafín me anotó en novatos por lo que habría de realizar dos saltos.

Decidida y llena de coraje me subí al avión. Sabía que el primer salto da una emoción muy fuerte. Se siente la fuerza del viento, la tierra allá, a lo lejos. El vacío te jala hacia abajo. Hay gente que en el avión se echa para atrás, pierde el ímpetu y no se atreve a saltar. Yo no iba a ser de esas, sobre todo con el coraje que sentía.

Me preparé frente a la salida con un poco de miedo y como si lo hubiera hecho antes.

Sin atorarme, sin vacilar, me lancé. Al instante de saltar, la sensación me tomó por sorpresa: me sentí elevada hacia otro mundo, acariciada por el aire. Olvidándome de todo, disfruté una nueva y maravillosa libertad, donde el cuerpo parecía expandirse sin límites. El viento me bañaba por todas partes y me sentía flotar presa de una felicidad y una emoción singulares. Entré en un estado de dicha que nunca antes había experimentado.

En ese espacio no hay miedo ni egoísmo. No hay conflictos ni celos. En ese espacio los rencores y problemas humanos se disuelven. Durante el gozo del vuelo sólo existe la libertad de ser una misma en

éxtasis. Libertad, gozo, felicidad... Si alguien me hubiera dicho que esta sensación, tan propia del vuelo en paracaídas, es también un estado natural para el ser humano, jamás lo hubiera creído. Mi condición de terrícola, aunque feliz en todos los sentidos, no me había proporcionado este tipo de experiencia. Me costó años, muchos sufrimientos y depurar mi espíritu para que, sin necesitar de un avión y un paracaídas, el gozo de estar viva pudiera trasladarlo de manera permanente a la vida cotidiana. Pero ese día, ignorante del desenlace que mi vida habría de tener, pensaba que nada superaría la experiencia del salto.

Al aterrizar, intenté hacerlo sobre un lugar que parecía pasto... resultó ser un huizachal. Sin importarme las espinas gritaba jubilosa, extática, plena. De inmediato me anoté al segundo salto y, como el primero, lo realicé con buena calidad. Obtuve el segundo lugar en la categoría de novatos. Regresé a casa con un trofeo, que no significó nada frente al descubrimiento vivido y que sería la pasión de mi vida.

De inmediato comencé a competir, a ganar y a destacar. Cada salto era una emoción singular que me duraba varias semanas. Vivía para Tequesquitengo, subir nuevamente al avión y experimentar la sensación del salto.

Igual a un paracaídas que florea en el cielo, mi vida en tierra se expandía y cobraba nuevos espacios. A través del compañerismo y la cercanía con Seraffín, a través del paracaidismo que ahora era un interés común, había terminado por enamorarme intensamente de él. Nuestra hija crecía sana y hermosa, la situación económica había mejorado notablemente lo que permitió cambiarnos a una casa más amplia, bonita y céntrica. Todo esto representaba una plataforma de lanzamiento que me inspiraba a ser mejor en mis descensos. Mi mayor anhelo era llenar cada línea de mi bitácora con saltos, lo más frecuentes que se pudiera, para superarme a mí misma y ser campeona.

Yo existía para el paracaidismo y el paracaidismo existía para mí.

Llegué a presenciar accidentes y por supuesto a enterarme de la fatalidad de algunos de ellos. Pero siempre pensaba: "Sí, qué tristeza que haya pasado, pero el paracaidismo tiene que continuar". Un accidente nunca me pareció motivo para dejar de practicar algo tan maravilloso.

Mi urgencia por saltar era permanente y Serafín trataba de complacerme en todo lo que podía, aunque a veces había que buscar otras posibilidades.

—Serafín, quiero saltar este fin de semana.

—Mi amor, no se va a poder. No nos alcanza para rentar de nuevo la avioneta. Espérate al próximo mes, falta semana y media.

—No, Serafín, no se vale. Tú saltas prácticamente cuando quieres y yo nada más cuando se puede.

—Por supuesto, pero yo soy militar.

—Y qué ¿yo no puedo hacer saltos con el ejército?

—Ay Tony —se reía Serafín— se te ocurre cada cosa.

—Hablo en serio, no es chiste. Méteme de contrabando en el avión. Al fin que tú eres el instructor. Nadie se va a dar cuenta.

—¿Estás loca? ¿Tú sabes en qué lío me meto si como civil te subo al avión? No, es muy arriesgado.

—Bueno ¿y si me disfrazo? Me pongo un uniforme tuyo, me amarro el pelo y con la boina ni se me va a notar.

Tanto insistí que acabé por convencer a Serafín quien entendía perfectamente mi pasión. Me prestó un uniforme de paracaidismo, boina; me metió de contrabando al avión... y despegamos. Yo iba con la cabeza agachada, para que los demás no se fijaran en mí. Como en el avión todos van callados y quietos, pasé desapercibida. Sin embargo, si las emociones hicieran ruido, me hubieran descubierto. Iba gozosa, el corazón me brincaba con una fuerza y una ilusión indescriptibles. Ahora sí, podría saltar todas las veces que quisiera. Mi sueño se realizaba paso por paso. Qué me importaba el entrenamiento físico y los sacrificios que tenía que hacer. Con tal de vivir nuevamente la sensación del salto, valía la pena dejar a mi hijita encargada. Una vez al subirme al avión disfrazada, Serafín me dio un beso. Los soldados seguramente se imaginaron de todo. ¿Dos soldados besándose?

Por fin, se enteró del engaño el general de la brigada y llamaron a Serafín para que diera cuentas de mi presencia entre los militares. Estaba prohibidísimo. Armándome de valor, fui a hablar con el general para que me diera permiso de practicar. Como no me lo podía otorgar, le pedí que sencillamente me dejara saltar durante la inspección de un desfile,

al que asistiría el secretario de la Defensa, y que en esa ocasión buscara la manera de exponerle mi caso.

Se realizó la exhibición y dicho y hecho, caí frente al señor secretario e hice la formación. Como era menudita, me podía zafar rápido el equipo. Al quitarme el casco fue obvio que era mujer. No sé si fue mi sexo o mi pericia lo que impresionó al secretario.

—Quiero elementos como éste en la brigada—ordenó el funcionario.

—Mi general, ella no es militar—le respondió el general de brigada.

El secretario se acercó a nuestra formación y preguntó a uno de los soldados. —¿Y esas botas por qué son tan grandes?

Para mi suerte, el interpelado se trabó, así que sin pensarlo ni un instante más, di un paso al frente, lo saludé y respondí: —Mi general, esas botas están *compresurizadas* y sirven para amortiguar el golpe de la caída.

Observaba su expresión como diciéndome: "Me gusta... me gusta".

El general de brigada comenzó a explicarle al secretario.

—Se trata de la muchacha que está pidiendo un permiso.

Interrumpí al general de brigada.

—Permítame, mi general, déme una oportunidad. Yo quiero saltar y esta es la única manera en que lo puedo hacer. Déme una oportunidad, un permiso.

De reojo veía a Serafín completamente sorprendido, sin saber qué hacer pues me la estaba jugando en ese momento, de todas, todas.

—¿Sabe?, me respondió el general, ¿no le gustaría pertenecer al ejército? Elementos como usted, sí me gusta tener.

Todavía me puse mis moños:

—Siempre y cuando, mi general, no descuide a mis hijos; soy ama de casa y sé que pertenecer al ejército significa estar disponible en cualquier momento.

Así ingresé como consentida del ejército, pues me dieron oportunidad de entrenar, ser instructora y saltar, sin tener que pasar revista y exenta de muchos de los compromisos que implica ser militar. De ahí en adelante, en todas mis competencias representé al ejército con tal éxito que me condecoraron.

Al principio había muy pocas mujeres paracaidistas, de manera que en ocasiones logré participar en competencias *overall*, mixtas. Obtuve el primer lugar en el Campeonato Nacional por mi gran habilidad para saltos de precisión. Esta pericia la desarrollé observando saltar a otros. Me paraba en la marca de aterrizaje y desde ahí miraba y miraba. Y preguntaba. No me daba pena hacerlo, por tonta que pareciera la pregunta, y de esa manera, grandes figuras del paracaidismo mundial, me confiaron secretos y técnicas que les habían ayudado.

Junto con la técnica, desarrollé una sensibilidad corporal al salto. Si me ponía tensa, no sentía tanto el paracaídas, pero cuando iba relajada y tranquila, disfrutando del vuelo, mis caídas eran magníficas. En cada salto daba todo.

Como instructora del ejército me topé con obstáculos importantes por ser mujer. Tuve la oportunidad de adiestrar a cuarenta elementos en Monterrey. Empaqué, me fui con mi hija y cuando llegué, de inmediato empezaron las burlas y las dudas de que pudiera entrenarlos.

—De mí no van a recibir gritos como a los que están acostumbrados —les dije— pero eso no quiere decir que no sepa lo que estoy haciendo. Lo que ustedes van a hacer yo lo voy a hacer al parejo. Dénme la oportunidad de transmitirles mis conocimientos y les pido que me respeten como yo a ustedes.

Sentía mucha responsabilidad de mantener la seguridad de mis elementos, así que yo doblaba y revisaba cada uno de sus equipos pues un mal doblaje puede significar la vida. Los alumnos doblaban primero su equipo, después yo lo desdoblaba y lo volvía a doblar. Así, gracias a mi habilidad, empeño y trabajo y, por supuesto, gracias a mi terquedad, me gané el respeto de mis compañeros, mis alumnos y del medio militar.

3 Sombras de la muerte



Desde pequeña estuve muy ligada a mi padre. Lo amaba profundamente y la cercanía y el afecto infantiles se convirtieron en una camaradería y un respeto mutuos que se profundizó con el tiempo. Nunca dejamos de estar en contacto, ni siquiera al formar mi propia familia e irme a México. Cada paso de mi crecimiento era para él motivo de orgullo y así me lo expresaba.

Mi padre comprendía mi espíritu fuerte e intrépido y me apoyaba en todo lo que emprendía. El paracaidismo, a pesar del peligro que implicaba, no fue la excepción, y desde el principio compartió conmigo la emoción e ilusión que representaba para mí.

Conforme fui destacando mi padre me animaba y expresaba su profundo sentido patriótico, diciéndome: "qué bueno, como militar, estás poniendo en alto el nombre de México". El amaba profundamente a nuestra patria y yo, deseaba complacerlo en todo; le pregunté un día qué lo haría sentir profundamente orgulloso de mí.

—Te imagino alcanzando muchos triunfos, pero para mí, el mayor sería que estrecharas la mano del señor Presidente Miguel de la Madrid, y que en esos momentos le dijeras estas palabras: "Señor Presidente, a través de nuestro esfuerzo queremos dar lo mejor de nosotros mismos, honrar y poner muy en alto el nombre de México. Con su apoyo decidido estamos seguros que lo lograremos y podremos hacer más".

Un día se hizo realidad el sueño de mi padre y después de una condecoración en que, efectivamente, estreché la mano del Presidente de México, repetí una a una las palabras que me había dictado mi padre y que yo me había aprendido de memoria segura de que, llegado el momento oportuno, podría complacerlo.

Mi padre era un hombre fuerte, jovial, muy educado. Su vitalidad me hacía sentir muy cerca de él, y sobre todo, su comprensión y su apoyo.

Como una semana antes de morir, mi padre me mandó llamar.

—Tony, me da miedo que saltes, hija. Ya eres campeona, has hecho lo que has querido, es tiempo de que cambies a otra cosa. No sé... no quisiera que te pasara nada. No te lo he querido decir antes, pero a veces no duermo de la preocupación de que te suceda algo. Ya deja el paracaidismo.

—No papá, me pides eso y me pides la muerte, le contesté. Sentía que mi padre me pedía un imposible. ¿Cómo abandona una la pasión de su vida? ¿Cómo decidirse a dar el último salto? Definitivamente eso no podía ser.

Ese día me dijo que había ido a hacer su testamento y quería explicarme cómo quedaba todo por si él moría. ¿Morirse? Para mí nada podía estar más lejano. Lo amaba demasiado para plantear siquiera la posibilidad.

—Papá, no seas absurdo, no me digas eso ni jugando porque tú no te vas a morir todavía. Para eso falta mucho.

De todas maneras insistió en explicarme, con detalle, cómo había dispuesto las propiedades y agregó:

—Tú, aunque eres la más chica, eres la más fuerte. A ti te va a tocar arreglar todo, consolarlos y poner las cosas en orden.

Fue la primera vez que pasó por mi mente la posibilidad de que tanto él como yo habríamos de morir algún día. La idea de que él se muriera pronto me parecía abominable. A la semana siguiente, un siete de diciembre, llegó a mi casa de México a dormir. El ocho de diciembre, a las cinco de la mañana toqué a su puerta para despedirme. Iba a dejar a mi hermano al aeropuerto y después a un desayuno. Lo encontré acostado, con una sábana muy delgada y el cuarto helado. Había colillas de cigarro por todas partes, como si hubiera fumado la noche entera. Me despedí de él y quedamos de vernos después.

Llegué en la tarde muy cansada y cuando estaba a punto de recostarme, sonó el teléfono. Era mi abuela paterna que había comido con mi papá. Entre sollozos me dijo:

—Tu papá se fue muy mal. Me dijo que te hablara, que lo vayas a buscar al hospital. Se agarraba la cabeza, no sé que tiene. Vete rápido por favor, hija.

En diez minutos estaba en el Hospital Militar. Él había llegado un rato antes y se desmayó a la entrada. De inmediato lo subieron a emergencias. Sin pensarlo, subí corriendo a la sala donde lo tenían. Lo primero que vi al entrar fue la línea del monitor del corazón, completamente recta... y el bip característico de esos aparatos. Mi padre, sobre una plancha, saltaba al contacto de los electrochoques al corazón, que le estaban dando para resucitarlo.

Me sacaron a fuerzas, mientras sentía que mi cuerpo se desplomaba. Al poco rato, llegó un médico:

—¿Es usted su familiar?

—Soy su hija.

—No pudimos hacer nada, tuvo un infarto al miocardio.

Me quedé como atontada. Eran las cinco de la tarde y mi padre había muerto a las dos y media. Se acercó una enfermera y me dijo: —Señora, tiene que hacer los trámites.

Empecé a llamar a la familia. No localizaba a nadie. El teléfono de mi madre sonaba ocupado. Mi hermano no estaba. Entonces recordé, desde algún lugar muy atrás de mi mente, la voz de mi padre: "Cualquier problema que tengas, por duro que sea, aunque sea por una muerte, por favor, primero solución, ya después tendrás tiempo de llorar".

Desde ese momento en que escuché su voz, quise cumplir su voluntad. Un coraje callado me invadió y eso me dio fuerzas para hacer lo que había que hacer. Efectué los trámites del sepelio, avisé a la familia, escogí la caja, lo vestí, le corté un poco de pelo como recuerdo. Pedí que lo embalsamaran para poderlo llevar a San Juan y dar tiempo a que llegaran mis hermanos. Los detalles quedaron listos. No quise separarme de él ni un instante.

El coraje, siempre presente. Por momentos, me acercaba a moverlo, dudando todavía de que estuviera muerto. No lo podía creer. Finalmente, cuando se lo llevaban a enterrar, me puse enfrente enloquecida de dolor y sin derramar una sola lágrima: —No toquen la caja,

nadie se lo lleva de aquí. No escuchaba razones y tuvieron que separarme entre varios, porque no quería que se lo llevaran.

Una vez enterrado lo empecé a llorar tanto que pasaban los días, las semanas, los meses y no había noche en que mi corazón adolorido no se manifestara con las lágrimas. Ya tenía hartos a mi marido y yo misma no comprendía qué me pasaba.

Hice lo que me encargó en su testamento, y fui más allá; mi vida se convirtió en la obsesión de hacer las cosas como él hubiera querido. Quería ser él.

Mi vida no volvió a ser la misma. Una parte de mí se había muerto junto con mi padre y yo me había quedado en la tierra, con el anhelo de seguir estando cerca de él.

A partir de entonces, cada salto que efectuaba era pensando en él. Le platicaba mientras volaba: —Cerca del cielo estás tú, y me tienes que ayudar porque yo ya no soy feliz sin ti.

El paracaidismo se convirtió en una manera de rozar por instantes su presencia, tocar a la puerta de su morada eterna y consolarme por un momento, para, al volver a tierra, continuar llorándolo. Años después reconocí que, inconscientemente, deseaba morir para estar de nuevo a su lado.

Aún así, con la voluntad que tenía de cumplir cuanto él deseara, no abandoné el paracaidismo. Mi vida y mi destino estaban escritos entre la seda y las cuerdas del paracaídas, y no quise renunciar a él.

4 | La caída

Mis amigas de muchos años me cuentan ahora lo arrogante y soberbia que era en mi época de paracaidista. Yo sentía poder con cualquier cosa. No había obstáculo que no pudiera vencer ni disciplina que no dominara. Tenía todo cuanto una mujer puede desear. Me halagaban constantemente. Era muy guapa, lucía el cabello largo y ondulado y mi cuerpo era fuerte y esbelto gracias al ejercicio tan intenso al que estaba sometida. Mi familia era hermosa, para entonces ya tenía dos hijitos: Mariela y Paco que se llevaban seis años. Había pasado de ser la niña desbocada, que se casó por romper las ataduras, a la mujer intrépida y enamorada de su marido. En corto tiempo había alcanzado metas importantes y la vida me sonreía a cada paso o mejor dicho, a cada salto.

Como militar, participaba en desfiles y celebraciones oficiales. Un veinticuatro de febrero teníamos la comisión de realizar un salto en la celebración por el Día de la Bandera en Iguala, Guerrero. Serafín, otro sargento y yo, seríamos los comisionados de formar la enseña nacional en el aire, con nuestros paracaídas de colores verde, blanco y rojo. Habíamos practicado el salto sin ningún contratiempo y aun el hecho de que el Presidente de la República asistiera ya no me impresionaba. Ese día mi mayor interés no era el salto sino asistir al Campeonato Panamericano de Paracaidismo en Uruapan, Michoacán. Por ese motivo tenía preparado un avión en Iguala para que al terminar la exhibición, pudiera irme.

La noche anterior nos quedamos Paco y yo en un hotel de Iguala. Serafín había ido a revisar su pelotón, mientras yo me instalaba. A la mañana siguiente despertamos muy temprano y nos alistamos para

realizar el salto. Era muy raro que yo me sintiera sin ánimos y esa mañana, en especial, no quería saltar; tenía un sentimiento indescriptible, extraño. Me puse el equipo de mala gana y no ajusté bien los tirantes de las piernas. Sin embargo, hasta que íbamos en el helicóptero de donde habríamos de lanzarnos me atreví a decirle a Serafín que no quería saltar. Demasiado tarde; estábamos prácticamente en la marca. Yo, la más seca de las mujeres, le pedí a Serafín que me diera un beso.

Ese día, también iba pensando en mi padre con tristeza y melancolía.

Verde, blanco y rojo... los tres paracaidistas saltamos, realizando la formación. Se abrieron los paracaídas y yo, el verde, que iba hasta arriba, enganché con las piernas al blanco, quien a su vez había enganchado al rojo. Desde la tierra se apreciaba la bandera tricolor; desde el cielo, yo llevaba el peso de los otros dos paracaidistas en las piernas. Se escuchaban los aplausos a lo lejos. Yo debía ser la última en aterrizar pero había vientos encontrados que empezaron a empujarme más allá de la marca donde debía caer. Desde arriba me di cuenta que llevaba demasiada velocidad y que iba a caer sobre la gente. Frené en exceso... El paracaídas se apagó. Como llevaba medio sueltos los tirantes de las piernas, el paracaídas de emergencia se me recorrió hasta el cuello y al caer hizo palanca.

En cuestión de segundos estaba en el suelo... ¡CRAAAC!... Escuché cómo me tronaron los huesos por dentro. Había realizado un salto perfecto, había caído justamente en la marca a unos pasos del Presidente de la República, Miguel de la Madrid y del secretario de la Defensa, general Juan Arévalo Gardoqui... pero no podía moverme. ¿Dónde está mi cabeza... mi cuerpo? ¿Qué pasa? Intenté incorporarme y tuve una sensación espantosa, terrorífica: sentía sólo la cabeza, nada del resto de mi cuerpo tenía sensibilidad. ¿Qué pasó? ¿Se me voló la cabeza? ¿Se me voló el cuerpo? ¿Dónde está mi cuerpo? En unos instantes todo empezó a moverse en cámara lenta... Ya no escuchaba nada. Una luz fulgurante me llenó por completo y me recorrió una sensación de placer indescriptible... divino... pero fue sólo un instante. Un dolor agudísimo en el cuello me jaló al tiempo y al espacio presentes. Hubiera querido gritar con todas mis fuerzas pero no podía. Apenas inhalaba. ¡Dios mío, qué dolor! Serafín, asustado, se inclinó junto a mí.

—Me estoy muriendo... no puedo moverme.

No perdí el conocimiento, podía observar los movimientos de rescate como se observa una película.

—¡Una camilla! ¡Una camilla!

—No la muevan, quítense, no la toquen —gritó Serafín desesperado. Con gran cuidado me quitó el casco, pero el comandante lo llamó para que fuera a formación. Ya no pudo estar conmigo y en ese momento me vi en manos de los paramédicos de la ambulancia. En un remolino, veía cortar el uniforme con una tijera y cómo me despojaban de mis alhajas.

—¿Qué me hacen?...

El Presidente de la República, Miguel de la Madrid dio órdenes de que me trasladaran en su helicóptero al Hospital Militar de México y bajo su recomendación se movilizaron para mi rescate. Después de la formación, permitieron que me acompañaran Serafín y mi hijo Paco de cuatro años, que espantado me tomaba de la mano. "¿Qué pasa?" parecía preguntarme con su expresión. Le guiñé el ojo para darle ánimos, pero el dolor era tan intenso que por momentos sentía que me desmayaba.

En un instante mi vida dio un giro de ciento ochenta grados y nunca volví a ser la misma.

Sufrí una fractura en las cervicales. Pero esas cuantas palabras no describen ni remotamente las implicaciones que tiene. La consecuencia de la fractura fue una cuadriparesia espástica. Y puesto en palabras comunes y corrientes, significa que perdí el movimiento de las cuatro extremidades: lo único que podía mover eran los ojos y la boca; del cuello para abajo quedé completamente inmovilizada.

Los tres años siguientes los viví en un torbellino que conmocionó mi vida en todos los aspectos. Viví la inconstancia de las cosas. Mi vida que parecía tan estable, tan exitosa, en un instante cambió por completo. Fue una época donde experimenté la relatividad del tiempo de una manera contundente: esos tres años se convirtieron en treinta de un sufrimiento indescriptible. Recuerdo muchos eventos, sobrepuestos unos con otros, sin orden ni cronología, todos formando un remolino en el que dejé de

gobernar mi vida, y ésta quedó a la deriva, como un barco desgarrado por la tempestad que ha perdido el timón y la vela y navega caprichosamente, a punto de hundirse en cualquier instante. En esos tres años penetré al infierno, hundiéndome en la desesperación, con un dolor físico intensísimo y un sufrimiento emocional indescriptible.

En cuanto ingresé al Hospital Militar me internaron en terapia intensiva y tardaron dos semanas para operarme. Parecía que a los médicos les pesara la recomendación presidencial y en vez de acelerar las acciones, las demoraban desesperadamente. Veía entrar y salir gente de mi habitación. Mi familia inconsolable. Serafín hecho pedazos. A veces, como en sueños, escuchaba voces conocidas, otras, veía que alguien movía la boca sin poder oír sus palabras.

Por fin, después de dos semanas, los doctores se decidieron a operar el cuello pulverizado. Había quedado como pollo desnucado y aunque la comparación es grotesca, no encuentro ninguna otra que sea tan exacta. Al abrir el cuello, me contó el doctor más adelante, parecía vomitar líquido por la incisión: era la médula espinal que se desparrahaba. Me quitaron un pedazo de hueso de la cadera para reestructurar la columna y me pusieron un trasplante óseo que habría de fijar el cuello de manera permanente. Teóricamente, ya no podría moverlo después de esa operación... ni ninguna otra parte del cuerpo.

Después de la operación, la esperanza de sobrevivir dependía de una tracción de dieciocho kilos. Me fijaron cuatro tornillos al cráneo que a su vez llevaban fija una corona. Del centro de la corona pendía el peso que jalaba el cuello. Sin anestesia alguna me taladraron cuatro agujeros en el cráneo. Tenía que ser así porque yo tenía que avisar hasta dónde podían taladrar. A los dos días se botaron los tornillos que fijaban la corona y tuvieron que hacerme otros tres agujeros y volver a fijarla.

Literalmente sentía que me arrancaban la cabeza y el cerebro, al grado de que me desmayaba por la intensidad del dolor.

En esa primera etapa, en el hospital, la más crítica, estuve a punto de morir varias veces. Recuerdo ocasiones en que el personal médico corría de un lado a otro, diciendo que ya no tenía pulso y tratando de resucitarme. No podía hablar ni moverme, estaba con los ojos cerrados, pero escuchaba todo y me llenaba de pavor imaginándome la posibili-

dad de que me declararan muerta y enterraran viva. Oía toda clase de comentarios acerca de mi persona, que estoy segura, no hubieran emitido si los médicos hubieran tenido la certeza de que me daba cuenta de cuanto decían.

A veces entraba en contacto con esa luz brillante y hermosa que había visto durante el accidente y por instantes me bañaba de una sensación deliciosa. Veía a mi padre, extendiéndome los brazos y llamándome hacia él. De pronto, el mismo dolor agudo me sacudía y aparecía la imagen de mi madre que tomaba de la mano a cada uno de mis hijos: Mariela y Paco y decía severamente: —¡No voltees a ver a tu padre o no vuelves a ver a tus hijos!

A veces me veía rodeada de paracaídas de todos colores, y yo en medio, volando libremente rodeada del placer del viento acariciándome el cuerpo, que me sostenía como en un colchón invisible...

El dolor, la agonía, el sufrimiento, los medicamentos, mis hijos con una expresión de miedo, mi marido roto de dolor; agujas y tubos por todas partes, rostros de desesperación, lágrimas vertidas en mi cama de agonía, palabras de aliento; médicos y enfermeras que entraban y salían, morfina para paliar el dolor... imágenes sobrepuestas de una realidad o de una irrealidad —parecía no haber diferencia— que me ahogaba. El día y la noche dejaron de ser distintos pues no había tregua, no había cambios en el dolor, había que luchar instante tras instante. El tiempo había perdido su cualidad de transcurrir. Las horas y los días ya no tenían significado porque mi vida sin movimiento también lo había perdido.

El cielo, las nubes, la libertad del vuelo, el indescriptible placer del salto en paracaídas habían quedado sustituidos por la inmovilidad, la tracción, el respirador, el suero, la sonda, mis súplicas de que me inyectaran nuevamente para quitarme el dolor... el dolor...

Hay tanto qué decir acerca del dolor y al mismo tiempo no hay nada qué decir. El dolor es lo que es. No creo que haya alguien que lo soporte. Es un tirano que doblega hasta al más fuerte, al más decidido. El dolor rompe todos los límites de la dignidad humana y obliga al ser humano a arrastrarse, a revolcarse en la inconsciencia de sí mismo. El dolor no ofrece tregua, es implacable, no conoce la piedad, no responde ante las

lágrimas... y sin embargo, una vez que ha pasado, transforma el alma como lo hace el metal en un fino acero templado a temperaturas muy altas.

La recuperación de un accidente de esta magnitud es algo muy complicado. La falta de movimiento me atrofió las funciones vitales y estaba sometida a gran cantidad de medicamentos que, por un lado, debían ayudar a recuperarme, pero por otro alteraban el funcionamiento "normal". ¿Normal? ¿Qué significa "normal" estando en las condiciones en las que estaba? Físicamente me había transformado en un ser deforme, pues estaba conectada por todos los orificios a tubos y mangueras, y con agujas que representaban en gran parte mi supervivencia. Debido a la Dexametazona estaba hinchada, me había brotado vello en la cara y estaba cubierta de acné. No me había visto al espejo hasta una ocasión en que una amiga llegó a visitarme por primera vez. Fue tal su impacto que corrió al baño a vomitar. Entonces pedí un espejo. De haber podido, creo que yo también hubiera corrido al baño a vomitar porque era un verdadero monstruo. ¡Cuánto había cambiado mi vida! De haber sido la campeona, admirada, envidiada, condecorada, objeto de todos los honores, me había convertido en un guiñapo apestoso y desaseado cuyo prospecto de vida era estar confinada a una cama, sin ningún movimiento corporal más que del cuello para arriba.

Cada día era de lucha. Algunas veces suponía que pronto saldría de eso. Otros, por el contrario, pensaba que muy pronto moriría y todo terminaría. En otras ocasiones, entraba en el pánico terrible por la posibilidad de quedarme así para siempre. Lo cierto es que el tiempo pasaba, y seguía viva a fuerza de mi voluntad, pero no podía moverme.

Varios meses después del accidente empecé a recobrar la sensibilidad. Era una paradoja que eso que significaba una mejoría, al mismo tiempo implicara todavía más dolor. Al haber permanecido en una misma postura, sin movimiento, me había escarado y llagado, pero no lo sentía. Cuando empecé a recobrar la sensibilidad, gritaba del dolor, como si me hubiera quemado todo el cuerpo. No resistía ni siquiera que me tomaran la presión pues la piel había despertado a un ardor que me abarcaba por completo. Simultáneamente este cambio me daba la esperanza de que quizás podría volver a caminar.

Pasaban semanas y mi ánimo volvía a cambiar. La decisión de vivir parecía esfumarse y lo sustituía el dolor de mi realidad, tan difícil de enfrentar, casi imposible de comprender. Me cuestionaba intensamente, hablaba con Dios. "¿Por qué me pasa esto a mí? Jesucristo fue crucificado, torturado, pero yo llevo demasiados meses aquí. ¿A quién maté? ¿Para qué sigo viva? ¿Le hice daño a alguien para recibir este castigo? Dios no existe, no puede ser que exista y me deje sufrir de esta manera". Era inútil, pensara lo que pensara, mi condición era esa y no cambiaba. Mucho tiempo me dediqué a llorar, al grado de que la afanadora tenía que limpiar el charco que se formaba en el suelo. Serafín iba con frecuencia y lloraba a mi lado. Puso fotos de mis hijos en el techo, lo cual constituía mi único consuelo.

Decidirse a vivir en estas condiciones representa casi un ejercicio diario de voluntad. La decisión de vivir puede no durar sino unos cuantos minutos, puede permanecer sólo un día y al día siguiente una tiene que volver a replantearse todo desde el principio. Muchas, muchísimas veces decidí continuar y otras decidí que era mejor morir, porque mi vida como tal era inútil. Sentía que provocaba más sufrimiento y dolor que bien a los míos y estaba convirtiéndome en un estorbo.

Un día en que las ganas de vivir eran superiores a las de morir, le dije al doctor que tenía que sentarme a cualquier precio. Llevaba más de seis meses acostada y tenía prohibido cambiar de postura por el peligro de empeorar la lesión.

—Doctor, le dije al ortopedista que me atendía, si usted no hace algo porque ya me sienten, me voy a matar. O me sienta mañana o mañana me mato. A ver cómo le hace. No puedo estar así ni un día más.

El médico tuvo la enorme compasión de creerme pues había visto mi lucha: cuando decidí empezar a recuperarme, salí en un grado importante de la depresión; como empecé a comer, mejoré notablemente. Supongo tuvo fe en que si se lo pedía, era por querer seguir viviendo. Así pues, se las ingenió para que me conformaran una especie de corset de yeso de todo el tronco el cual, unido a la cabeza por medio de unas varillas, haría la función de la tracción. Efectivamente, al día siguiente me sentaron. El doctor no se atrevía a irse, pues esperaba una reacción muy fuerte en cuanto me sentaran, pero pasó la primera hora...

la segunda... la tercera, y yo sentía haber vuelto a nacer. Había regresado parte de mi mundo al volver a percibirlo verticalmente, sin los límites tan severos que impone la horizontalidad. El yeso se me encajaba por todas partes, y de alguna manera se agudizaron los dolores, pero era tan bonito estar sentada que no me importó. Pasaron tres días y yo permanecía sentada hasta que me desmayé del esfuerzo. No me importó: bien había valido la pena. Así, di un paso gigantesco que alimentó las esperanzas de un día salir caminando.

Era indudable que al perder el movimiento otros aspectos de mi percepción se habían agudizado. Mi cuarto quedaba como a veinte metros de la escalera, pero yo escuchaba y distinguía perfectamente los pasos de quien subía. Reconocía los pasos de la afanadora, de cada médico, de cada enfermera, de las visitas cotidianas. Por primera vez empecé a observar con cuidado a cuanta persona entraba a verme. Percibía sus movimientos, sus actitudes, sus gestos y los veía con una claridad anteriormente desconocida. No sólo podía ver el exterior de la persona, sino, en el proceso de observarlos, dentro del estatismo en que me encontraba, palpaba también su interior, su estado de ánimo, algo de su espíritu.

Al principio, recibía las visitas de personajes importantes, de generales y personalidades con quienes había tenido trato. También venían compañeros, amigos, amigas. En fin, los primeros meses desfilaron frente a mi cama muchísimas personas. Pero el tiempo se encargó de que mi condición dejara de ser una novedad. Poco a poco dejaron de asistir y a la vuelta de unos meses me había quedado sola casi por completo. Mis antiguas amistades quedaron sustituidas por el grupo de enfermos en sillas de ruedas que poblábamos el hospital, por las afanadoras, por los policías de los diferentes turnos, por los doctores, unos feos, otros guapos, unos simpáticos, otros pesados; por las enfermeras de todos los ánimos. Me hice parte de una nueva familia, pero extrañaba terriblemente a las personas y al mundo que había dejado afuera. En los momentos más difíciles sentía que todos me habían abandonado.

Durante mi estancia en el hospital ocurrió la explosión de San Juanico. De un día para otro me encontré rodeada de personas cuya situación era tan terrible o aún más que la mía. Gente de todas las edades

habían sufrido quemaduras gravísimas, jóvenes cuya vida, como la mía, había dado un giro al quedar deformes o sin rostro, inválidos. Por momentos sentía que éramos seres extraños al mundo real: un purgatorio de dolor y sufrimiento. Sin conocer los pecados cometidos ni el desenlace que tendrían nuestras vidas a partir de la desgracia.

Sólo me quedaron unos cuantos amigos y amigas de una calidad excepcional. En particular recuerdo a Guadalupe y a Pilar, dos hermanas muy guapas, de ojos claros que habían sido mis mejores amigas. Jamás se cansaron de visitarme, de alentarme, de rezar por mí y conmigo. En una ocasión, más de dos años después del accidente, consiguieron un permiso especial para sacarme. Le dijeron a los médicos que íbamos de vacaciones, pero me llevaron a Ciudad Juárez a una terapia celular. Lo hicimos a escondidas, de otra manera no me hubieran dejado salir del hospital. Guadalupe y Pilar se habían dado cuenta de que estaba yo severamente drogada por tanto medicamento y decidieron ayudarme. En Ciudad Juárez entré en un tratamiento de desintoxicación terrible, tal como lo hace un drogadicto. De alguna forma lo era: vivía a base de calmantes y medicamentos muy fuertes.

El tratamiento me ayudó muchísimo, prácticamente regresé al hospital con dosis mínimas de medicamentos. Reafirmé el control de esfínteres y pude dedicarme con mayor conciencia a mis ejercicios. De no haber sido por ellas, quién sabe cuánto tiempo más hubiera tenido que permanecer en el hospital, y quién sabe en qué condiciones hubiera terminado. Me quitaron de enfrente un gran obstáculo que en esos momentos no era capaz de mover por mí misma.

Hoy, después de casi nueve años, Pilar continúa siendo mi mejor amiga, incondicional, cercana, generosa. Extraño y me duelo de la muerte trágica de Guadalupe, a quien siempre llevaré en mi corazón con agradecimiento y cariño.

Pilar:

Tu apoyo, tu generosidad, tu cercanía, me sostuvieron en tiempos de gran dificultad. Aprecio tu amistad como uno de los grandes regalos que la vida me ha dado y de la cual disfruto enormemente.

5 | Un corazón agonizante

E

ste aspecto de mi vida que estoy por relatar es uno de los que más he vacilado en abrir. Es tan fácil hacer juicios a la ligera y hablar de una persona "buena" o "mala". Es tan fácil poner un dedo acusador y tan difícil tener el amor y la comprensión para entender que somos seres humanos, falibles y que cada quien en esta vida, tiene sus propios procesos de maduración y su manera muy particular de evolucionar; sus propias dificultades, sus aspectos difíciles, sus limitaciones de carácter. Me parece que sólo quien se pone en los zapatos del otro y entiende lo que significa vivir tal o cual cosa, podría comprender. Lo fácil, es hacernos jueces de los demás, (inhumanos, sin conciencia), sin comprender que quizá un día, por aquéllo que juzgamos, podríamos ser juzgados.

Por esto, a quien lea mi historia, le pido que no juzgue como buenos o malos a sus protagonistas. Creo sinceramente que compartimos un camino de evolución y eso es lo importante. Yo misma, a través de este proceso vi lo más negro de mi alma, palpé el odio, la destructividad, los celos, la ira, la incapacidad de perdón. Viví la miseria humana. ¿Quién no la ha vivido? ¿Quién que no sea humano no ha sido egoísta, destructivo, celoso? ¿Quién se ha sentido libre del odio, de las ganas de matar, de desearle mal al prójimo, de no perdonar?

Lo que ahora les voy a relatar fue parte de mi proceso. Del dolor que estos sucesos me causaron, saqué la fuerza y el impulso para moverme a como diera lugar. Así, mi mayor sufrimiento constituyó la fuerza más grande de mi recuperación.

Además del impacto del accidente, del sufrimiento físico por el que estaba pasando, y del anímico por no poder moverme, la desinte-

gración de mi familia fue uno de los sucesos que desgarró mi alma en lo profundo. Los primeros seis meses después del accidente, Serafín estuvo en un intenso dolor. Entraba a verme y su llanto era constante. Nada lo consolaba. Más adelante mis amigas me contaron cómo había sufrido al verme inválida y que había cambiado profundamente. Se volvió callado y hosco y poco a poco se fue distanciando.

Debido a mi impedimento físico, yo comprendía que la relación entre nosotros se había trastocado. Hablé con él, diciéndole que le daba su libertad pero lo más importante era que no descuidara a nuestros hijos.

Poco tiempo después me enteré de que andaba con otra mujer y mi corazón se quebró como un cristal que una vez roto es imposible reparar. Comprendía que esto sucediera, pero no podía entender que se paseara con ella en el hospital, que no mantuviera una distancia cuidadosa para no herirme.

—¿Por qué, si México es tan grande, no eliges otro lugar?— le reprochaba.

Estaba enojadísimo conmigo. Comenzó a reclamarme situaciones de nuestra vida pasada. Empezamos a pelearnos violentamente.

—Por tu culpa ya nadie me habla, me estoy quedando sin amigos, me decía con coraje y amargura.

—No puedes tapar el sol con un dedo, le respondía, todos nos vieron juntos y saben quién eres.

—Pero no tienen razón, ni saben la clase de persona que eres. Recibes atenciones de todo mundo y eso no me parece. En realidad tú eres la causante de lo que está pasando.

No sé qué era más doloroso, si haber sentido el taladro en el cráneo cuando me ajustaban la tracción, o verlo a él acompañado de otra mujer. Me hervía la sangre por dentro y le deseaba todo el mal que una es capaz de desear. Mi corazón se llenó de odio, de resentimiento y, con esa fuerza, decidí que me movería un día para agarrar una pistola y matarlo.

De ahí en adelante a cada persona que iba a visitarme, le pedía que me moviera: las manos, los pies, las piernas. Tenía que hacerlo de alguna forma. Jalar una pierna, un brazo representaba un esfuerzo como si cargara toneladas. Podía tardarme horas en realizar cada movimiento, pero no lo abandonaba. Me obsesioné y decía dentro de mí: "A fuerza

de moverme, me voy a tener que mover". Lo único que me importaba era realizar ejercicios para lograr mi meta: me ayudaban a hacer abdominales, a oprimir esponjas para cerrar y abrir las manos, a pasar botones o canicas de un lado a otro; eso en especial me costaba un trabajo enorme. Ejercitaba brazos y piernas con ayuda de quien estuviera. El movimiento del cuello lo realizaba cien o doscientas veces. Para una persona con el grado de lesión que tengo, en principio, todo esto representa un imposible. Dejé de importarme el pronóstico de mi recuperación. "A fuerza de moverme, me he de mover" me repetía sin cesar y con el coraje atravesado en el alma, seguía adelante.

Bendito coraje, digo ahora, fue la fuerza más grande que sentí. Ver a Serafín alejarse de mi vida, a mis hijos sufrir y arreglárselas como podían, verme a mí misma inmóvil, provocaron raudales de coraje para hacer lo que los médicos me habían dicho jamás podría hacer. Este dolor que me parecía imposible de creer, que no podía aceptar, me despertó.

Y regresaba a mi obsesión: Moverme a como diera lugar. Horas y más horas concentrada en tratar de mover yo sola el dedo del pie. Muchas veces me sugestionaba de tal manera que casi sentía lograrlo.

¡Ya lo moví! le gritaba a la enfermera. Pero ésta me desengañaba. No era cierto... era mi imaginación.

Una madrugada, como a las tres de la mañana, claramente sentí mover el dedo del pie izquierdo.

—¡Lo estoy moviendo! —le grité a la enfermera—. Cuando se acercó incrédula y vio que era verdad, corrió a llamar a los doctores. —¡Tony movió un dedo! ¡Tony movió un dedo!

Qué relativos son los sucesos del mundo. Lo que para una persona puede ser lo más intrascendente, inconsciente y superficial, para otra representa logros de meses y años de esfuerzo. Ese movimiento del dedo gordo del pie requirió de toda mi voluntad, fuerza, coraje y constancia. Lograrlo me tomó meses de una repetición obsesiva. Para las personas que cuentan con todas sus facultades, es difícil imaginar lo que significa y lo que implica estar sin movimiento. Si uno se amarrara por unas horas, entendería un poco más que las personas minusválidas no necesitamos de lástima, sino de la consideración de que tenemos unas limitaciones que a cambio nos hacen ver, percibir y experimentarnos, a nosotros mismos y a la vida, desde otro punto de vista.

Nuestras posibilidades y logros en el campo físico son de otras dimensiones y tienen límites muy concretos. Nos obligan a realizar esfuerzos de los cuales el común de la gente no tiene conciencia. No es fácil renunciar a caminar, a correr, a tomar una cuchara y servirse alimentos, a bailar, a todos los movimientos naturales que tiene el ser humano. No es fácil aceptar la necesidad permanente de una ayuda y además solicitarla constantemente para efectuar todas nuestras actividades. Es muy difícil pasar por encima de la vergüenza y soberbia y pedir ayuda para efectuar actos tan elementales como orinar o defecar.

En ese momento, un dedo gordo en movimiento significaba todo para mí.

Me ilusioné con el movimiento del dedo y la recuperación de la sensibilidad de la piel. Así que de inmediato le escribí a mi hermano José Luis, también militar. Me había apoyado muy de cerca. Me escribía diariamente, me hablaba por teléfono para darme ánimos. Cuando supo que empezaba a tener movimiento, organizó un viaje especialmente para verme. Nunca olvidaré su cara al entrar a la habitación. Me impactó tanto su gesto de decepción, que por fin entendí que mi vida nunca volvería a ser la misma.

Un día, me animé a preguntarle al doctor cuál era mi pronóstico médico. Nervioso, empezó a caminar por el cuarto, sin saber bien qué decirme.

—El hecho de que estés viva y puedas hablar ya es en sí un milagro, me dijo, sin saber cómo continuar.

—Doctor, usted cree que ya no voy a moverme. Pero le voy a demostrar lo contrario. Aunque sea arrastrándome, usted verá cómo lo voy a lograr.

—Qué bueno que estés tan optimista Tony. Eso te ayudará mucho. Seguramente lo vas a lograr...

—No doctor, ni usted cree lo que me está diciendo, lo interrumpí.
—Me lo dice para no descorazonarme pero ¿sabe qué? Yo sí me lo creo y va a ver, se lo voy a demostrar.

Con mi respuesta, salida espontáneamente del alma, me di cuenta de que había decidido vivir. Después de meses y meses de encontrarme

sumida en un túnel de sufrimiento y desesperanza, muy a lo lejos, vislumbré un punto de luz pequeñísimo, pero al fin y al cabo, luz. Era la primera vez, desde el accidente, que escuché un tono diferente en mi voz, y encontré esperanza en mí misma.

Sin embargo, no era fácil sostener una decisión tan fuerte. Aunque muy en el fondo la decisión de vivir, pasara lo que pasara, estaba tomada: oleadas de depresión, dolor, desesperanza, soledad, incertidumbre y miedo, iban y venían.

La luz que me había impulsado a luchar, moverme, a ejercitarme, a hacer todo lo que estuviera de mi parte para superar mi condición, parecía extinguirse por momentos hasta desaparecer.

6 | Almas inocentes



is hijos, Mariela de once años y Paco de cuatro y medio, fueron arrastrados irremediamente por el "sismo" del accidente de su madre. El ritmo de su vida se interrumpió y sus clases de natación, de ballet, de karate, de inglés, de todo cuanto les había procurado, se vieron sustituidos por visitas al hospital y una nueva soledad que tuvieron que enfrentar. Ahora, a duras penas había quien los llevara y recogiera de la escuela.

La habitación del hospital se convirtió en su segundo hogar y ahí jugaban con las enfermeras, hacían tareas; a veces hasta se bañaban. No siempre podían estar cerca, tenían que vivir también en su casa. Un día, Paco que entonces iba al *kinder*, me trajo un cuadro de su mamá: me dibujó en la cama, con los tubos, la tracción, rodeada de aparatos... para él, ya eran parte integral de mí. Su dibujo fue ver la realidad desnuda. Decidí que aunque fuera con la sola cabeza, lo único que podía mover, sacaría a mis hijos adelante.

Como en ese tiempo todavía recibía visitas de gente importante: generales y esposas de generales, aproveché su buena disposición y pude conseguir que me pusieran un teléfono privado en el cuarto, algo prohibidísimo. Le pedía a la enfermera marcara el teléfono de la casa y me pusiera el auricular al oído. Empecé a hablarles a mis hijos todos los días y, dentro de mis posibilidades, a realizar las funciones de madre. Les preguntaba sobre la escuela, si habían hecho la tarea; les pedía, les exigía y les recalca que el hecho de que vieran a su mamá en el hospital no era pretexto para que sacaran malas calificaciones.

Sin embargo, ambos cambiaron. Mariela se volvió introvertida y Paco, de un carácter más explosivo, se enojaba y entristecía constante-

mente. Con insistencia me preguntaban cuándo regresaría a la casa sin que yo les pudiera dar una esperanza próxima. Vieron a su padre acomodar mis cosas y prohibirles tocar o acercarse a objetos relacionados conmigo. Amenazaba golpearlos si alguno tocaba algo. Lo vieron bordear momentos de locura.

Un día, Paco entró intempestivamente al cuarto, dando de gritos:

—¡Mamá, ya levántate de ahí! ¿Cuándo te vas a levantar? ¡Quiero que te muevas, ya no quiero verte así!, me gritaba angustiada y desesperado. Otro, Mariela llegó a verme con una tristeza profunda pintada en su carita que yo sabía significaba algo más... A fuerza de preguntar qué le pasaba, confesó que tenía mucho miedo de que me muriera, que en su escuela decían que yo, su madre, era un vegetal y que en cualquier momento de seguro iba a morir...

¿Qué podía decirles a mis hijos? ¿Cómo remediar su dolor ante una realidad que no tenía solución? Yo misma no había podido aliviar mi propio sufrimiento y tampoco podía solucionar el de ellos. Cada uno, a su manera, con sus propios medios, iba haciendo lo que podía. A veces estaban más tranquilos, otras angustiados y desesperados como yo. Sin embargo, no dejaba de alentarlos diciéndoles que un día saldría del hospital caminando. Cuando se iban, mi corazón se deshacía en mil pedazos y casi tenían que ir a trapear mis lágrimas. No podía concebir que mis hijos sufrieran de esa manera, que hubieran cambiado tanto por mi culpa. Porque muchas veces me eché la culpa y me castigué. Por mi causa, mi familia se había roto. Les había hecho un daño irreparable. Por mi falta de cuidado, por mi manera alocada y temeraria, mis hijos sufrían. Sentía que todo cuanto estaba pasando era por mi irresponsabilidad.

Si esta culpa hubiera persistido en mí, seguramente me habría muerto, pues representaba, sobre el peso que ya cargaba, la lápida que me aplastaba todavía más. De no haber sido por el proceso terapéutico que habría de vivir, en el que lentamente aprendí cómo mirar las cosas de otra forma, cómo perdonarme y perdonar a los demás, cómo enfrentar de otra manera mi realidad, mi amor por vivir se hubiera extinguido para siempre y con él, mi propia vida.

Cuando por fin pude irme a casa después de tres años de hospitalización, llegué muy enojada. Sí, había logrado salir del hospital, pero no como me había visualizado: caminando. Paco y Mariela estaban felices de mi regreso, Paco me saltaba encima, Mariela se veía contenta como pocas veces. Pero yo no. Sentía haber fracasado y ahora tenía que enfrentar la más dura de mis realidades: nunca más volvería a caminar. Mi esfuerzo diario de tres años, mi trabajo para recuperar el movimiento, mi esperanza de volver a ser una persona "normal", llegaba a su término al estar en mi casa nuevamente.

Al poco tiempo de mi regreso, Serafín se fue definitivamente de la casa y Mariela y Paco se dedicaron a cuidarme. A Paco le tocaba voltearme en la cama. Como todavía era pequeño, tenía que tomar vuelo y correr para tener el suficiente impulso y empujarme. Como resultado del esfuerzo constante le salió una hernia. Mariela me aseaba y ayudaba a ir al baño. También acabó por lastimarse la espalda.

Los papeles se cambiaron: ellos ahora eran la mamá, y yo la hija. Tuvieron que madurar muy rápido. En muy poco tiempo además de cuidar de su madre, la vida los enfrentó a valerse por sí mismos. Eso me impulsó a tratar de salir, de luchar, pues veía cómo les tomaban el pelo al hacer actividades propias de un adulto.

Quizás doy la impresión, en lo que hasta ahora he contado, que me dediqué a luchar incansablemente, y aunque es una de mis mejores cualidades, en esa época también salieron de mí los peores demonios. Tenía un coraje espantoso y lo desquitaba con mis hijos. Los llamaba inútiles, idiotas, les exigía cosas absurdas, los empujaba, los maltrataba, les gritaba. No dejaba a Mariela salir a fiestas. "Ni modo, te tocó que tu mamá estuviera así. Te aguantas y no vas". "Cuando les diga que vengan, vienen de inmediato", les gritaba asustándolos. Los corría de mi cuarto: "Tengo sueño, me quiero dormir así que se salen ya. Y cuidado si abren la puerta. Pobre del que abra la puerta, va a ver cómo le va". "Idiota, me vas a lastimar, eres una inútil". "No me contestes, haces lo que te digo y te aguantas". "Levanta la cara, por eso haces todo mal, porque no volteas a ver"... Estos eran algunos de los maltratos que cotidianamente soportaban. La verdad de fondo era que yo no los quería cerca. Tenía tanto coraje que no los resistía a mi lado. Ya sola, por las noches, me arrepentía y lloraba, pero al día siguiente volvía a hacer lo mismo.

Poco después Paco quiso irse a vivir con su papá, en gran parte impulsado por este infierno.

Mariela permaneció conmigo y juntas empezamos a salir adelante. Cuando cumplió trece años, me armé de valor, me subí al coche con ella y la enseñé a manejar. Debido al accidente y como militar que había sido, recibía una pensión, pero no era suficiente para sostenernos decorosamente. Por lo tanto, era indispensable que mi hija aprendiera a manejar y así tener mucho más movilidad. Subida en el coche le iba diciendo cómo cambiar las velocidades y los pedales. Empezamos a sacar y meterlo del estacionamiento. Mariela era muy dócil y aprendía con facilidad. En una semana, ya manejaba bien, así que nos lanzamos a la carretera. Gracias a esto se me abrió nuevamente el mundo.

Mariela fue durante muchos años mis manos, mis brazos, mis piernas, el conducto por el cual pude empezar a hacer lo que necesitaba para salir adelante. Actuó muy por encima de sus obligaciones de hija y su apoyo incondicional fue invaluable para que hoy yo sea la persona que soy.

Mariela:

Muchas veces, viéndonos una a la otra, te he expresado mi gratitud y amor. Te he pedido perdón por todo lo que has sufrido directa e indirectamente como resultado de mi accidente, de mi forma de ser, de mi propio dolor. Hoy, por escrito, quiero que sepas qué importante eres en mi vida y qué agradecida te estoy por dedicar muchos años de tu juventud a mi cuidado. Ahora eres una mujer y has hecho tu propia vida y yo he hecho la mía. Sin embargo, fuiste mi sostén, mi fuerza, te convertiste en la posibilidad de que yo, a través tuyo, pudiera volver a moverme. Gracias Mariela. Sabes que te amo con todo mi corazón. Dios sabe porqué te puso pruebas tan duras desde pequeña, pero lo cierto es que has respondido con una calidad, una paciencia, una entrega y un amor propio de un ser humano excepcional.

En el transcurso de tu vida me has dado, además de tu generosa ayuda, un regalo hermosísimo: mi nieta Ana Paola. Cuando la veo siento un placer enorme y cuando la estrecho en mis brazos, me lleno de dicha y felicidad. Ana Paola le ha dado a mi vida la riqueza de un amor indescriptible.


Paco:

Siempre has sido muy querido de mi corazón. En tus posibilidades, siempre te esforzaste por ayudarme y me hiciste patente tu amor de mil maneras. De vez en cuando escucho todavía una cinta que me grabaste de pequeño contándome de tu dolor y amor. Sacaste un carácter rebelde como el de tu madre y por ello creo que, en lo que tú quieras hacer, si eres fuerte, decidido y constante, si no cesas, llegarás muy lejos. Gracias, querido Paco, por tu ayuda, tu amor, tu paciencia. No he sido la madre más dulce, eso es cierto, pero también sabes que así como soy, cuentas conmigo en todo momento.

Serafín:

A ti no puedo excluirte de mi agradecimiento. Contigo aprendí mucho y te amé con todo mi corazón. Gracias a ti supe lo que se puede amar a un hombre. Me enseñaste mil cosas, me abriste el mundo, me apoyaste para desarrollar mi fuerza y mi capacidad, comparto dos hijos contigo. Fuiste el amor de mi vida.

7 | Ángeles milagrosos

 os seres humanos necesitamos intensamente llenar necesidades existenciales. Cuando no lo hacemos, nuestro desarrollo humano queda en potencia, como cuando un gran pino se queda en forma de bellota. Ésta con la tierra y el riego adecuados, con la luz del sol, con un ambiente propicio, podrá transformarse en árbol, pero si no cuenta con todo eso, no es más que una pequeñísima bellota. Igual nos sucede a los seres humanos. Al no ser cubiertas nuestras necesidades existenciales nos quedamos en etapas muy primarias de desarrollo. Por eso es tan importante conocernos, saber quiénes somos, entrar en contacto con otros seres humanos, relacionarnos con ellos. Por eso es tan importante saber pedir, saber recibir y saber dar.

A raíz del accidente y una vez en mi casa, entré en una etapa de severo aislamiento. No quería ver a nadie, ni que me vieran. Sentía que no podía volver a enfrentar al mundo con el mismo ímpetu con que lo había hecho en el pasado, en mis tiempos de rebelde, de intrépida. La vida me había ganado la jugada de forma traicionera y aparentemente mi destino estaba echado. ¿Cómo pensar en llenar las necesidades existenciales de ser, de relacionarme con otros seres humanos; cómo pensar en desarrollar y conocer el amor, la libertad, la creatividad cuando no era más que un cuerpo inmóvil con una cabeza que se dedicaba a deprimirse a veces y otras a vociferar?

Muy lejos estaba de imaginarme, que a través de la relación, el contacto y el amor con otros seres humanos, me curaría si no del cuerpo, sí del alma. Lo milagroso es que, como seres integrales que somos, a medida que mi alma destrozada fue curándose, mi cuerpo recuperaba

movimiento. Obviamente, no el movimiento de una persona "normal" pero sí un grado de movilidad que por la severidad de mi accidente se pronosticaba imposible.

La intensidad del sufrimiento desembocó en una depresión profunda, que me llevaba a pasar semanas enteras en silencio, sin hablar, sin querer moverme, sin desear siquiera abrir los ojos. Me invadía un miedo profundísimo, espantoso, una angustia insoportable al no poder aceptar mi realidad: tanto tiempo luchando y mi condición permanecía igual; sin vislumbrar siquiera volver a ser la misma de antes. Era imposible concebirme sin movimiento y me parecía que el propósito de mi vida se había terminado. La esperanza y el coraje que en otras etapas había sentido como una hoguera, se extinguieron poco a poco y ahora no quedaban sino cenizas. Así, a tres años del accidente, me encontraba inmóvil, sola, encerrada entre cuatro paredes, sin ninguna ilusión y con una depresión de más de tres meses en la que rondaba la posibilidad de matarme.

"Mis hijos, pensaba, sufrirán un tiempo por mi ausencia, pero después saldrán adelante". Estaba convencida de que la solución de mi sufrimiento y la de aquéllos que me rodeaban, era la muerte. Durante mi prolongadísima estancia en el hospital, desfilaron para sacarme de la depresión, cuantos psicólogos y psiquiatras puedan imaginar. Si los contara diría que fueron alrededor de cuarenta. Ninguna de estas eminencias logró despertarme un ligero anhelo de vida, o la esperanza de algo más que la inmovilidad. En mi casa, con menos ayuda, la posibilidad de salir adelante parecía mucho más remota.

Entonces ocurrió un milagro. Gracias a él mi vida dio un giro más dramático que con el accidente mismo. Y lo digo no en un sentido metafórico, sino en el más real que conozco.

Unas vecinas habían escuchado de mi madre que en tres meses casi no me había movido ni abierto los ojos. Me daban de comer a fuerza y yo gritaba irritada a quien se me pusiera enfrente. Esta vecina me convenció de recibir a dos terapeutas: Martha y Marcela. ¿Qué más me daba si venían o no? Nada ni nadie era capaz de cambiar lo que me estaba pasando. Acepté con indiferencia.

Quedaron de venir un martes en la tarde y esperé y esperé... nunca llegaron. "Encima de todo, ni siquiera vienen", pensé, cristalizando la decisión de quitarme la vida.

Al día siguiente, ya sin acordarme de ellas, tocaron a la puerta. Entraron dos mujeres de aspecto elegante y sencillo, con un ánimo y alegría que llamaron mi atención. "No pudimos venir ayer pero yo sabía que hoy era cuando más nos necesitabas. Estás desesperada", dijo Martha. Sus palabras, no sólo fueron palabras; su mirada llena de dulzura y de un amor tan claro; por primera vez desde el accidente tocaron el fondo de mi corazón destrozado y me susurraron una esperanza. Fue tan inesperado el encuentro que me cimbró y no dio espacio a que pudiera defenderme. Platicaron conmigo poco tiempo, pero su presencia fue de una calidad que nunca antes había sentido.

"Conozco –dijo Martha– a muchas personas inválidas del alma, pero en ti veo que es sólo tu cuerpo el que no tiene movimiento". Sus palabras me impresionaron profundamente y como único asidero ante el abismo, decidí no soltarme de ellas, y ponerme en sus manos para ayudarme a mí misma.

Marcela venía cada semana a platicar. Entonces no sabía que eso se llamaba terapia. Es más, el nombre era lo de menos. De lo que me daba cuenta era que, platicando con ella, mi corazón muy poco a poco se iba sintiendo menos adolorido y solo. Semana con semana abrigaba la ilusión de verla. Más que una ilusión, era desesperación de su compañía. Un día me dijo que ya no podría venir. Que yo tendría que ir a su consultorio. Me llené de rabia. "¡Ésta, que se cree!" ¿Cómo era posible que en mis condiciones me lo pidiera? ¿No se daba cuenta lo difícil que era desplazarme de un lado a otro aun en mi misma casa? Además, al no controlar los esfínteres por completo sentía la angustia terrible de que en su presencia me ocurriera un accidente. No hubo manera de que Marcela cambiara la decisión y fue así como, a pesar mío, después de cuatro años de encierro salí de entre aquellas cuatro paredes. Iba semanalmente a verla y en esas visitas experimentaba instantes de contento. Sin embargo, a veces le hablaba para decirle que me costaba trabajo ir o que esa semana quisiera que me viera en otro momento. Con voz dulce y tranquila, pero con gran firmeza, Marcela me contestaba: "Si no vienes

hoy, Tony, pierdes tu cita y nos vemos hasta la semana siguiente. Y si vas a estar faltando, es mejor que ya no vengas. Si no estás comprometida déjalo".

¿Cómo que no estaba comprometida? A pesar de todos los obstáculos que había en mi camino, veía cómo pero asistía a mi hora semanal con Marcela.

No podría explicar exactamente qué fue lo que me pasó con ella porque es algo que llevo muy dentro de mí... tanto, que no puedo verlo objetivamente. Una no sabe cómo nació pero sabe que nació. Una no sabe cómo aprendió a caminar, pero sabe que lo hizo. Así me pasó con Marcela. Con ella mi vida se transformó. Mi alma, silenciosamente, rompió el capullo en que se encontraba presa, y desplegó sus alas para encontrar el sentido a la vida. Con Marcela di el salto más importante de mi vida. No tuve que subirme al avión ni tampoco llevar paracaídas y sin embargo, ha sido el salto más hermoso, el más valioso, el más significativo: el salto de amor por la vida. Nadie me condecoró, nadie me aplaudió y sin embargo, mi alma se ha complacido y nutrido a través de él.

El no poder caminar, correr, bailar, brincar, que tanto dolor me había causado perdió mucha de su carga al experimentar el movimiento interno que yo misma podía generar. De pronto me vi a mí misma moviéndome de una manera impresionante. Y por segunda ocasión, mi vida dio un giro de ciento ochenta grados.

Alguna vez me han preguntado: "¿Quién es Marcela en tu vida?" Me llena de emoción reconocer lo importante que es en mi existencia. Fue y es el hombro en el que pude derramar todas mis lágrimas y sentirme acompañada y consolada; el oído atento y amoroso que escuchaba con paciencia mis angustias, miedos, tristezas, dolores y la mano firme de la cual me así con fuerza para poco a poco ir saliendo del agujero oscuro y desolado en el que estaba. Ha sido una mirada cierta que me vio con empatía, comprensión y ternura; una voz que me alentó a continuar diciéndome: "Tú puedes". Marcela fue la compañía más dulce que pude haber tenido en el camino terapéutico.

Marcela conmigo recorrió mi vida y me dejó ser yo, sin críticas, sin peros, sin limitaciones. Por primera vez tuve el espacio necesario

para compartir con otro ser humano mi dolor, tristezas, rencores, odios y desesperanzas. Pasara lo que pasara, estuviera como estuviera, estaba conmigo. Empecé a sentirme con la libertad de tomar las decisiones que yo quisiera y a sentirme respetada. Marcela recibió todo mi enojo, coraje, frustración y tristeza. Aceptó mi alma negra y esperó pacientemente a que poco a poco saliera la mugre, el lodo y la suciedad que albergaba mi corazón. Con ella era dejarme caer en un colchón suave, donde podía descansar para después continuar la lucha. Me enseñó a abrir el corazón y gracias a eso, mi vida empezó a transformarse.

Marcela dice que no hay buenos terapeutas, sino buenos sujetos de terapia y que lo logrado en mi proceso de desarrollo es porque lo he hecho yo. En cierta forma, tiene razón. Yo me esforcé y sigo haciendo cuanto me pide en la terapia porque estoy convencida de que trabajando y luchando una sale adelante. Por otra parte, su calidad humana es lo que ha hecho de ella una excelente terapeuta. Desde un principio se asomó a ver mi alma en agonía, sin considerar a la inválida amargada, cuya vida no tenía remedio. Vio en mí al verdadero ser que está en evolución y desarrollo. Vio a la esencia divina con la que Dios nos ha dotado a todos y que se llama amor. Tuvo fe en que, si yo trabajaba, si me esforzaba, esta esencia afloraría e impregnaría mi vida. En pocas palabras, me enseñó el camino para que, sin importar las condiciones externas, internamente pudiera construirme en el amor. Marcela no siempre fue dulce. A veces, porque era necesario, utilizaba su fuerza y severidad. No era cuestión tratarme "bien", sino de responder con lo que yo necesitaba. En ocasiones me decía palabras dulces, otras, severas; otras, sólo escuchaba y el contacto con sus ojos era suficiente para quedarme en paz.

Marcela me ha dado dos de los regalos más hermosos que un ser humano puede recibir: El primero haberme enseñado el camino para reconciliarme con mi madre. Desde pequeña la relación con ella fue difícil y distante. Nunca nos llevamos bien y siempre estuve resentida. A través del trabajo terapéutico me reconcilié y la convertí en uno de mis grandes amores.

La segunda gran dádiva fue el grupo de terapia con el que empecé a trabajar y crecer. Mari Tere, Ángeles, Marcela, Paty, Héctor, Francisco, Roberto, Mónica, Coya y Jaime, han sido un apoyo invaluable en el

contexto del grupo de desarrollo. Ellos no están en silla de ruedas pero tampoco me ven a mí como una inválida. En el grupo nos vemos mutuamente como personas en lucha con la oportunidad de conocernos, crecer juntos, apoyarnos y aprender a ser mejores.

Marcela:

No tengo palabras para agradecerte lo que has hecho por mí. Sólo nuestros corazones saben todo lo que entre nosotras ha pasado. Creo que la mejor manera de mostrarte mi agradecimiento es luchando por ser cada día una mejor persona, esforzándome en dar muestra de todo lo que de ti he aprendido. Gracias.

En forma paulatina, a través del contacto terapéutico, las cortinas densas del dolor se fueron recorriendo y entró una luz que iluminó mi vida. Por la fuerza del amor, mi corazón congelado de sufrimiento se entibió; por la fuerza del amor, el rencor, el resentimiento y el odio, se transformaron en comprensión y perdón; por la fuerza del amor, dejé de juzgar, de criticar, de lamentarme de mi suerte, de empobrecer mi alma, ya de por sí adolorida, y me sentí capaz de volver a ser feliz.

Hay personas que al escuchar un discurso de esta naturaleza lo juzgan meloso, cursi, y romántico. Quizás, puesto en un contexto fantasioso, sin la experiencia que lo avale, lo sea. Para mí, que soy una mujer cuya vida ha sido extremadamente dolorosa y difícil, cada palabra que aquí atestiguo, no es sino la realidad. Yo soy una prueba viviente, contundente, de que el amor mueve montañas. El amor, primero hacia mí misma y después hacia los demás me transformó de un ser desgraciado y deprimido en una mujer que ama la vida.

Hoy creo totalmente en los milagros y creo en Dios. Durante mucho tiempo sentí que Dios no existía o si existía, no era un Dios justo porque me había abandonado. No era raro en mí reprocharle mi condición y exigirle cuentas. No sentía haber sido mala, yo no había matado a nadie ni hecho daño. Y había recibido un castigo en vida que me parecía cruel e injusto. ¿Acaso Dios no era un Dios de amor y de vida? ¿Por qué me hacía sufrir así? ¿Por qué me mataba de esa manera?

Con mi conversión y el contacto con otras personas que también sufren, odian, aman, luchan, viven, he aprendido a ver a Dios. Qué cierto es que sus caminos son misteriosos y a veces no los comprende-

mos. Pero cuando el tiempo pasa y se cumple el término de un ciclo, se aclaran y empezamos a darnos cuenta. Yo estoy cierta de que sin haber vivido cuanto aquí relato, no hubiera aprendido, al abrir los ojos cada mañana, a sentirme agradecida y feliz. No hubiera conocido la fe, ni apreciaría la vida como ahora. El amor seguiría siendo una palabra bonita para los momentos románticos y no el báculo en el cual ahora sostengo mi existencia. Paradójicamente, fue necesario perder el movimiento de mi cuerpo para descubrir el de mi alma. Pero esa es la naturaleza de la vida: la paradoja. Y por eso es tan difícil penetrarla, comprenderla y ponerse en paz con ella.

No quiero decir que he alcanzado un estado sublime, ni mucho menos. Hay días muy difíciles en que recaigo porque me cuesta aceptar mi realidad; hay días en que no tengo el ánimo de hacer los ejercicios diarios; otros me preocupo por situaciones cotidianas: mis hijos, el dinero... A veces estoy triste, a veces me deprimó. Sin embargo, aun con esos estados de ánimo cambiantes, hago lo que tengo que hacer, me propongo ser la mujer que he decidido y practico los valores con los que ahora quiero vivir. Tengo el compromiso de vivir con honestidad y amor; y lo trato de hacer cada día.

Hoy puedo afirmar que, para mí, estar viva es volar. Cuando me quedo quieta y me concentro, evocando algún instante bello, ahora tengo la capacidad de sentirlo intensamente, aún más que cuando volaba con el paracaídas. Me siento llena de felicidad y, paradójicamente, en constante movimiento. Cuando estoy en el grupo de terapia, con estas personas ahora tan queridas de mi corazón, siento inundarme de amor. Todo esto es lo que llamo un milagro.

Si Marcela para mí ha sido un ángel milagroso, Martha no se queda atrás. He dicho muy poco sobre Martha porque el trabajo que ella ha realizado conmigo no se puede explicar en palabras. Martha se especializa en dar grupos de terapia intensiva que suelen durar tres días. En estos, el alma de una persona se puede transformar para siempre, porque ella a lo que se dedica es a ser un canal para que los seres humanos puedan entrar en contacto con su ser interno.

No me atrevo a contar lo que he vivido con Martha, son cosas que sólo viviéndolas o presenciándolas se pueden creer. Para ella la terapia es algo muy concreto y así lo he experimentado yo, pues a partir de una terapia intensiva de tres días, el resultado concreto fue que mi cuerpo recuperó muchísima movilidad: las piernas, el torso, el cuello, los brazos y las manos, tienen ahora más sensibilidad y mi alma goza de una libertad inapreciable.

Es sorprendente cómo Martha le "habla" a mi cuerpo. Si ella me dice: "Dáme la mano", se la doy. Sin ningún esfuerzo, mi mano va a ella, y con un movimiento que normalmente no puedo realizar.

Hace poco, en una sesión semanal Martha me dio una práctica de meditación especial. Me dijo que me preparara internamente, a través de la repetición diaria de un mantra, para que, en un mes, en un grupo próximo, entremos a un nuevo nivel de trabajo. Al cantar el mantra, me dijo, mi cuerpo entrará en una vibración donde el ser despierta espontáneamente. Todo lo que Martha me dice lo hago sin dudar. Hay cosas que por ahora no entiendo, pero sé que el mes que entra, a través de la experiencia, comprenderé.

Cuando una cuenta con todas sus facultades y con la bendición enorme de un cuerpo sano, es muy fácil moverse, caminar, desplazarse de un lugar a otro. El cuerpo es nuestro vehículo para realizarnos en el campo físico y se da por hecho que ahí está, para servirnos en cualquier momento. Lo tenemos disponible como quien tiene el carro a la puerta y lo único que necesita es subirse y conducirlo. Rara vez nos detenemos a pensar cuánto más difícil y complicada se volvería la vida si no contáramos con ese vehículo magnífico que Dios nos ha prestado mientras residimos en la tierra.

Para las personas como yo, con impedimentos físicos, el significado del cuerpo y de su movimiento cambia radicalmente, así como cambia el significado de los logros que podemos tener en nuestra vida cotidiana. Lo que una persona normal realiza en un minuto puede ser que a nosotros nos tome una o dos horas o que ni siquiera lo podamos hacer... Sin embargo, estos impedimentos no significan que estamos incapacitados para tener una vida de éxito, de logros, de felicidad, de realización física y espiritual.

En mi vida cotidiana son muy limitadas las cosas que puedo realizar completamente sola. Desde el hecho de levantarse de la cama, bañarse, vestirse, transportarse y mil cosas más que se realizan casi inconscientemente cuando no hay impedimento. En mi caso requieren de la ayuda de otra persona, pedir cada cosa que necesito y esforzarme de manera especial. Me significa invertir un tiempo precioso que muchas veces quisiera emplear en los planes que tengo. Cotidianamente he recibido la ayuda de Lydia, quien durante años ha estado cerca de mí.

Lydia:

Gracias a ti se agilizan muchas de mis actividades. Has estado conmigo en las buenas y en las malas, en mis enfermedades y en mis alegrías. Nunca me diste la espalda aun cuando en ocasiones no tuve para pagarte. Cuando nació Claudia, tu hijita, me permitiste acercarme a ella como una segunda madre, y ayudarme a sacarla adelante, procurarle educación y ofrecerle mi afecto y cuidado. El desarrollo tan positivo de Claudia es un tesoro en mi vida, pues la considero como una hija adoptiva y me enorgullezco de su carácter noble y constancia en el estudio. Gracias, Lydia, por esta generosidad.

Para mí, cada día es una lucha, un esfuerzo. Tengo que estar constantemente atenta y no caer en la flojera o la apatía, a darme el empujoncito que necesito para hacer lo que debo hacer. En eso, mi vida no es diferente a la de los demás. Cada quien tiene sus propios obstáculos, limitaciones, luchas, carga de pasividad que le impiden moverse y contra los que tienen que esforzarse. He descubierto que el secreto para superar los obstáculos es aceptarlos y perseverar. Entonces, el éxito se va dando como fruto de esa aceptación, esa perseverancia y esfuerzo.

A través de Martha y de Marcela aprendí a darle la bienvenida a todo cuanto me sucediera: Al dolor, la tristeza, la flojera, la alegría y al placer. He aprendido a darle la bienvenida a la vida sin hacer separaciones entre bueno y malo, bonito y feo, placer y displacer. Dándoles la bienvenida he aprendido, también, que todo pasa. No hay situación ni dolor que permanezca para siempre, puesto que la vida es cambio, evolución, desarrollo. Es una práctica que realizo diariamente y que me ha dado una fuerza enorme que se llama libertad.

¿Una mujer que está destinada a vivir en silla de ruedas hablando de libertad? La lucha y el amor por la vida, me han enseñado que la libertad es algo mucho más que unos brazos y piernas sanos. Que se lleva en el corazón y se ejerce a cada instante a través de nuestra elección: ¿cómo quiero vivir el día de hoy? ¿contenta o triste, enojada o alegre, satisfecha o amargada? ¿quién quiero ser en este momento de mi vida? ¿qué planes voy a realizar?, como antes lo mencioné, la vida es una paradoja.

Lo que quiero decir con esto es que aunque mi inmovilidad y la silla de ruedas representan una limitación, no son obstáculos insalvables ni interna ni externamente. Porque he podido realizar lo que para mí es importante. Entre los primeros logros que más he apreciado están el sentarme y el poder llevarme un bocado a la boca. Significó recuperar mi dignidad y calidad de ser humano. Después, con el tiempo y recuperación, ambicioné éxitos que las personas "normales" suelen tener.

Como he dicho, contaba con una pensión del ejército pero no suficiente para sostenerme. Asimismo, tenía una casita. Sin embargo, necesitaba más ingresos. Pensé poner un bazar navideño en mi casa puesto que había muchas personas que me venían a visitar y podrían comprar. Así lo hice: adquiriendo regalos y después vendiéndolos entre mis amigos y familiares. No soy una persona a quien le guste vender y al principio tuve que romper muchas barreras para atreverme. Sentía que estaba pidiendo limosna y que la gente me compraba por lástima. Poco a poco me fui liberando de esa actitud y aprendí que vender, como cualquier otra cosa que se haga en la vida, hay que hacerlo con gusto.

Me aventuré a ir a Tepito a comprar mercancía. Las primeras veces fue un infierno: transitar en silla de ruedas, por las calles llenas de gente, recibiendo insultos y malas caras era muy difícil. Dos veces estuve a punto de que me atropellara un camión. Cuando salía de ahí llorando, indignada, a veces hasta orinada por no poder ir al baño, me decía que nunca más regresaría. Pero las ventas eran muy buenas y las metas se iban logrando. Haciendo de tripas corazón regresé cada semana hasta que me volví conocida en el medio y cambió el trato. Unos a otros, para dejarme pasar chiflaban y gritaban entre sí ";silla de ruedadaas!"... Con el dinero del primer bazar mandé construir un piso más a la casa con el suficiente espacio para hacer los ejercicios. Yo digo que es un "penthouse modesto" que me permite mantener en buena condición.

Al año siguiente, con las ganancias del bazar di el enganche para un Tsuru nuevecito. Mariela, mi hija y yo, empezamos a ir a San Juan del Río cada semana. Con la cajuela atiborrada de regalos parábamos el coche frente a la iglesia de San Juan para venderlos o íbamos de puerta en puerta ofreciendo nuestra mercancía. Poquito a poco juntamos más

dinero con lo que pude pagar a Mariela clases de francés, de italiano y otros idiomas. Hasta juntamos para que se fuera de vacaciones en un crucero.

Con trabajo y sacrificios seguimos adelante y la siguiente meta fue comprar una camioneta Blazer, que recientemente terminé de pagar.

Necesitaba resolver trasladarme en la casa de un lugar a otro porque perdía muchísimo tiempo subiendo y bajando escaleras. Tenía la ilusión de, algún día, construir una casa adaptada a mis necesidades y empecé por comprar, con las ganancias, un terrenito en San Juan.

Durante dos años me empeñé en conseguir el préstamo para construir la casa. No sabía lo difícil que era construir. Poco a poco me fui dando cuenta de qué complicado es y cuántas trabas se presentan. Ya metida en plena obra y sintiendo que sería imposible terminar, varias veces me di por vencida. Me sentaba en un rincón a llorar de la desesperación y decidía renunciar. Pero pasaban dos o tres semanas, mi ánimo cambiaba y yo regresaba a mi empeño. Así, en año y medio terminé mi casa, completamente adaptada a una silla de ruedas. Es una casa pequeña con techo de tejas, sencilla y muy bonita. Tiene dos recámaras, sala-comedor, cocina y un gimnasio adaptado a mis necesidades. No tiene un solo escalón y la silla de ruedas cabe por todas partes. Afuera le puse un letrero que dice: "Casa Tony", porque esa casa la hice para mí.

Ahora, mi meta es comprar una camioneta automática que pueda adaptar para que yo misma la maneje.

Como todo mundo, yo también he sufrido el impacto de la crisis. A veces no logro vender nada y me quedo sin siquiera el dinero necesario para comer. Pero siempre encuentro la manera de salir.

Una de mis mayores satisfacciones es ser autosuficiente económicamente. Me da una gran fuerza pues me demuestro que sí puedo. Y si bien físicamente estoy impedida, tengo los elementos para luchar, sobrevivir y lograr lo que me propongo. Las cosas que más trabajo me cuestan son las que más aprecio y me causan muchísima alegría.

Ahora estoy contemplando la posibilidad de luchar por los derechos de las personas en sillas de ruedas. De hecho, escribir mi historia es un primer paso para dar a conocer el drama real de quienes

por un accidente u otra circunstancia de la vida, perdemos la capacidad del movimiento. Pocos son los que conocen las vicisitudes de los que vivimos dependientes de una silla de ruedas. Pocos son los que están conscientes de la lucha que significa aceptar vivir en silla de ruedas y atreverse a salir a un mundo hostil a nuestras necesidades. Al perder las esperanzas de integrarse y vivir una vida relativamente normal, el índice de suicidios entre las personas con esta limitación es muy grande.

Tengo la esperanza de que así como he superado obstáculos y reconstruido en mi vida, pueda ayudar a otros. Creo que la realización de un ser humano, en su nivel más profundo, se encuentra en el servicio a los demás. Sólo cuando somos capaces de hacer a un lado nuestros problemas y dejamos el mundo limitado donde el yo es el centro, encontramos el sentido más profundo de nuestra existencia y para eso no se necesita más que la voluntad de querer hacerlo.

El cuidado de esta obra estuvo a cargo de
Graciela Enríquez Enríquez,

Se terminó de imprimir en octubre de 2006.

Diseño de portada:
4 West Creative S. de R.L. de C.V.
Miguel Ángel de Quevedo No. 8 Desp. 507
Col. Ex-Hacienda de Guadalupe, Chimalistac
01050 México, D.F.

Interiores:
Rogerio Ramírez Gil

En la composición se utilizaron tipos
Times y Helvética en tamaños 7, 9, 12, 14, 18, 24 y 36 puntos.

El tiraje fue de
1,000 ejemplares
más sobrantes para reposición.

Impreso en:
JL Servicios Gráficos, S.A.
Monrovia No. 1101 Bis
Col. Portales
03300 México, D.F.